

marta romo

**¿y las soldaderas?
tomasa garcía
toma la palabra**

¿En dónde están las mujeres que lucharon en la Revolución Mexicana?

¿Es que existen sólo en los corridos y detrás de María Félix disfrazada de Juana Gallo?

Tomasa García vive y pide la palabra.

Fué muy difícil encontrarla, no tiene domicilio fijo, duerme en donde se lo permiten esa noche.

En casa de sus parientes, que viven en Tepito, algunas veces tenían noticias de ella. A través de ellos pudimos concertar la entrevista. ¡Todo estaba listo! Pero ese día Doña Tomasa estuvo enferma, como a menudo le ocurre, y no pudo salir del convento en el que unas monjas le permiten dormir a veces.

Insistiendo una y otra vez, pudimos por fin conocer a Tomasa García Magallanes, una de las pocas soldaderas que todavía viven.

Es una anciana de pelo blanco, quemado en algunas partes porque el otro día se le estaba incendiando y como no ve, no sabía que estaba sucediendo.

Se presentó muy limpia y sonriente; dos muchachas jóvenes la ayudaban a llegar hasta la vivienda de la vecindad en donde grabaríamos sus recuerdos, sus cosas, su vida de lucha.

Ella fué soldadera, tiene documentos que lo atestigüan; pero la Revolución todavía no le ha hecho justicia.

“Yo soy Tomasa García Magallanes. Nací en el poblado de Lobatos Valparaíso, allá en Zacatecas. El 21 de diciembre que viene voy pa'los 86. Yo no quería ir a la escuela porque nos trataban muy mal, muy bruscamente. Porque allá se usaba que si uno no daba la lección, agarraba y en las puras

pedras lo hincaba el maestro. Eran muy duros y le pegaban a uno.

En la escuela de la Hacienda había luego un maestro y luego había dos. Pues primero enseñaban a uno a respetar a sus mayores, enseguida no tomar lo ajeno. Luego cuando viniera una persona que estuvieran hablando con ella, no interrumpir y, ora no, está hablando la mamá y el niño dá ordenes.

Antes venía un viejecito, un señor grande como yo. Luego le besaban los pies o le daban el paso, lo que aquí no hay. ¡Vieja que pa-ya y vieja que más pa-yai!

Yo ya después ya no hice caso de ir a la escuela, ¡ya después como se vino la guerra!

Yo me fuí chica con la tropa, tendría como unos ocho años. Usaba las armas porque así es el uso por allá. Va uno al campo para cazar liebre, conejo, venao. Tiene uno que saber tirar porque la bayoneta es peligrosa porque si se envara y no jala pronto, cortar cartucho, porque si se regresa le dispara a uno en el estómago. Yo nunca maté un venao, pa'qué la engaño, porque el venao es muy bronco. Conejo, sí.

Así se presentó el tiempo. . . es que, mire, vivíamos así, con el yugo en el pescuezo y el General Villa dijo:

—El que quiera ser libre y contar con sus propiedades, que levante la mano y se levante en armas conmigo.

Yo también hice así, ¡levanté la mano!

Entonces nos levantamos en armas, también porque el General Villa le habían llevado una hermana, se burlaron de ella, la violó y no se casó con ella. Y entonces ya nos levanta-

mos en armas, pero el primero que se levantó fué Francisco I. Madero y tras de él se levantó Francisco Villa. Su mero nombre de él, era Doroteo.

Si usted decía —¡Viva Villa!, ¡Viva Villa!—, o decía que viviera Carranza y eran villistas, ¡ahí mismo lo tronaban!

Los horcaban. Había en mi pueblo un árbol que le decían de los horcados. Le echan el lazo y pa'riba, con la lengüa hasta acá.

Decíamos nosotros que no nos vengán a matar acá, vamos en armas. Nos llevaban todo. Nos incorporamos con todo nuestro valor suficiente a defender nuestros derechos, por la decisión, digamos decisión quiere decir valor.

Mi papá ya no vivía, mi madre andaba en la tropa también, mis hermanos, todos.

Mi mamá se quedaba en el campamento a'cer comida y cuando nos venían carrereando para seguirnos al campamento, pos a'cer juego. Los ollas saltaban y se estrellaban, se partían a la mitad y la carne se regaba ahí en la ceniza.

Teníamos el campamento, que era una casa de lona de campaña. Había unas mujeres que se quedaban, pues ya más grandes, mi mamá no era muy grande, tampoco era joven. Y todos hechos montón ahí.

Nos sitiaban alrededor, por eso ya cuando empezábamos a combatir ya no queríamos poner lumbre. Comíamos la carne de caballo cruda, la carne de mula cruda, porque no podíamos ni sólo encender un cigarro, ¿porqué?, porque salía humo y... otra vez, otra guerra.

Cuando ya nos agarraban, nos llevaban todo, y ahí dormíamos al pie de los árboles y a acostarnos y a ponernos una penca de nopal seco que no tuviera espinas y zacate y yerba, sin taparnos ni nada.

Mire como le digo, la carne de mula es dulce, la de caballo desabrida, aunque le esté usted echando puños de sal, no agarra, no. Tomábamos orines de caballo cuando andábamos en guerra y chupábamos corazón de nopal porque se seca la boca. Nomás d'estar guerreando, se seca la boca.

Luego veníamos con harta caballada, veníamos con la caballada con mucho maíz, trigo, harina, vacas pa'comer. Por eso a Villa le decían "el come vacas". Comíamos mucha carne de becerro, si, si, pero también a nosotros todas nuestras cosas nos quitaron.

¡Pos yo era soldadera! Estaba en la guerrilla, "guerrilla" quiere decir "tropas armadas", ¿no?

Preciso andaba yo con mi carrillera, así y otra así. Traía mi rifle, le decían la carabina 30-30, que los rebeldes portaban y decían los carrancistas que con ella no mataban, ¡pero si mataban!

La soldadera tenía que montar a caballo y ser de arranque para ensillar su caballo. Cuando ya se lo mataban a uno, pronto se echaba usted. Mientras mataban alguno pa'que pasara el caballo ensillado, mire, con el lazo a agarrarlo del pescuezo, y a subirse al caballo ensillado de quien fuera. En veces montaba uno a pelo agarrado de las crines por la cabeza del caballo.

Mi mamá ensillaba también su caballo y cuando estábamos en tiroteo que ya se nos secaba la boca de sed, ella llevaba en la cabeza de la silla una ánfora de fierro con un olote de maíz y a darnos agua en el combate y a llevarnos gordas.

Yo anduve con mi General Pánfilo Natera, con los Arrieta de Durango, con Joaquín Sandoval, el que está ahí puesto en el Museo de la Defensa Nacional.

Así es que yo estuve en la toma de Zacatecas con los Arrieta, Domingo Arrieta y Guadalupe Arrieta y otro hermano.

También la toma de Ciudad Juárez, en la toma de Durango, de Torreón, de Gómez Palacio.

En Zacatecas duramos tres días. Nosotros entramos por el cerro de la Bufa, otros entraron por el Capulín, es un cerro que es rancho. Otros entraron por la entrada de Jerez, bueno, como sitiado. Ya estábamos casi ganando, luego perdiendo, y pidió Francisco Villa, un resjuerdo de yaquis. Pos todo aquello quedó como borregada. Llevaban carros para el panteón, ahí no los sepultaban bien pos' estaba el combate. Pero duramos tres días ahí sin comer nada más que agua, porque ahí corre como un manantial. Como podíamos nos bajábamos a gatas así en el caballo. Nos empinábamos y empezábamos a chupar el agua.

Los yaquis llegaron de resjuerdo para ayudarnos. Ellos no tenían miedo, creían que nunca morían, que ellos combatían por acá pero que iban a resucitar a su tierra.

A todas nos decían "Adelitas" porque éramos revolucionarias, éramos de tropa, pero la mera Adelita era de Ciudad Juárez.

La mera Adelita esa decía —¡Orale, todos a entrar y el que tenga miedo que se quede a cocer frijoles!

Y balazos y balazos y el que no obedecía, ¡lo mataba ella misma!. Era muy valiente.

Juana Gallo, a última ora ya estaba pensionada. Ella vendía tacos, garnachas y todo en la tropa; pero tuvo un encuentro que ahí jué donde subió ella. Tuvo méritos, le entraba bonito a combatir en combate y en contra de gavillas de cinco o seis.

Entonces había la Marieta. Es como todo, si uno es loco, les da por su lado a los hombres. La Marieta no era de arranque pa'combatir ni para entrar a una plaza. Entra uno a combatir, a guerrear, a sangre y fuego, ¡a matar y a que lo maten! Marieta, ella servía para traer a toda la tropa de cabeza. ¡Muy enamorada!

Había también Petra, Soledá, muchas, la mayoría de nosotras, todas juntas, ¡si servíamos pa'combatir!

Yo me arriesgué, expuse mi vida con mucho valor, ¡para que ahora seamos unos seres caídos!. . . ¡abandonados!

En la tropa yo no traía marido, yo era señorita, yo no traía marido.

No fuí casada. Unión libre; tuve mis hijos y ahí quedó.

Sabe que lo que más le conviene a uno, mejor sola ¡y no "bien" acompañada!



Me quedé con los hijos y luché por la vida, pero sin quien me gritara y sin quien me mandara, y que luego por darme un cucharón de frijoles y una tortilla, ¿Se acordarán de mi mamá que en paz descansa? ¡Nooo!

Mire yo también sé trabajar. No nomás con hombres sé vivir. Hasta la fecha así me quedé viejita.

Después de la Revolución me vine pa' México pues mi oficio es cocinera, pero cocinera a lo lírico, digamos de mi pura cabeza.

Trabajé en los "Bárbaros del Norte", en el "Noche y Día", en los "Toritos Blancos", en "El Café Colón", y en ese restorán que hacen pasteles, ¿cómo se llama?, ah, "La Flor de México".

Le sé hacer sopa italiana que esa va nomás con azafrán, cebolla, ajo y sus chícharos. Y queda el arroz amarillito.

Un tiempo después ya no trabajé en la cocina, por lo grande.

M'ija y yo nos pusimos de lavanderas y a planchar en No-

noalco. Lavaba yo al estilo de mi tierra, no andaba lavando con cloro. Y les gustaba.

Durante trece años allá, nomás que después con los estudiantes que tuvieron ese rebundio, ¡pues se paró todo y nos quedamos sin trabajo!

No es que yo anduviera fijándome, no. Es que nosotros teníamos la necesidá de venirnos de allá, y nos agarraba todo aquello. Pero yo le dije a m'ija, —¡No le corras! Sí nos toca pos' aquí caemos— Pero aquí estamos.

Cuando tirotearon, fueron y le dijeron a un maestro que diera su plantel, ahí donde está la iglesia. El no quería salir y luego cuando salió lo mataron luego. A una señora la mataron quedó con su niño. Otra que vendía chicles con su niña también.

Veníamos caminando y caminando y no dejábamos de pasar por ahí por Santiago. Ahí tenían toda su tatema. De ahí los sacaban sólo Dios pa'dónde, para quemarlos, para tirarlos. Pues sí, venía su familia, los buscaba. ¡Qué esto y que'lotro y no los hallaba!

Doy gracias a Dios que me ha dejado para dar testimonio de éstas cenefas. En éstas condiciones ya apenas puedo con mi alma, ya mero entrego mi equipo, ya el día que Dios diga, ¿verdad?

A mí me gustó mucho andar en la guerra, me gusta mucho montar a caballo y quemar pólvora, sí. Nomás que ya no veo.

La Revolución se logró. . . ¡Pos' sobre un capricho!. Si, señorita. Ganamos varias batallas, los oficinistas tienen sus puestos. Todos quedamos en paz por toda esa sangre que se regó.

Y nosotros que fuimos los de la lucha de la revolución, que sufrimos y dimos nuestra sangre para que todos estemos en paz, era para que nos dieran la mano, toda la mano, que no fueran traidores.

Yo desde cuando fué mi reconocimiento revolucionario, y ya me reconocieron y no gozo ahorita de un centavo.

Voy al PRI y me dicen. —Que traiga l'otro y que lleve un acuerdo de esto pa'que entre l'otro y que esto y l'otro—. ¿Verdá que ya me pertenece?

De la Defensa nos mandaron dos invitaciones para los desayunos.

Estuvimos muy a gusto con mi señor presidente. Los flores con flores, me dieron carne asada, leche, chilaquiles, jugos de naranja y unos bolillitos así chiquitos re'sabrosos. Hubo, ¿cómo se llaman?, discursos.

Pero nada de nada, somos unos pobres seres caídos.

El otro día cuando fui a la Defensa a que se arreglara lo de mis centavitos, hablé con un señor, me decía:

—Pero ¿cómo quiere que le dé, si no nos han dado nada?

—Usté hágale la lucha. Mire, usté tiene su empleo y yo ya no tengo nada.

—¡Pero yo lo tengo porque trabajo!

—Muy bien, muy bien, ustá está en servicio activo, está trabajando y yo no, pero fíjese que lo que yo le reclamo son mis servicios revolucionarios. ¡No me van a regalar nada, ya está ganado! **J**